

Relámpagos de indignación

JAVIER SÁNCHEZ MENÉNDEZ. *Ética para mediocres*, Sevilla, La Isla de Siltolá, 2020, 104 pp.

El escritor y editor Javier Sánchez Menéndez (Puerto Real, Cádiz, 1964), «un poeta que se considera más lector que escritor», en palabras de Esther Abellán¹, y cuya extensa obra literaria arrancó a comienzos de la década de 1980, se ha mostrado particularmente prolífico en el distópico año de 2020, entregando a la imprenta nada menos que tres nuevos títulos: el libro de aforismos *Ética para mediocres*, la antología *Para una teoría del aforismo* y los apuntes *Notas sobre el silencio*. De esos tres libros temáticamente correlacionados, el incisivo *Ética para mediocres* es el que actúa a modo de piedra angular. Pese a la brevedad de sus textos, conviene no llevarse a equívocos: *Ética para mediocres* es un libro ajeno al chirriante oportunismo de las ocurrencias que, por desgracia, proliferan con engorroso desparpajo en el género aforístico; antes bien, la obra es fruto de una concienzuda reflexión, participando de un pensamiento sereno y compacto que impregna cada una de las publicaciones citadas. Tal y como ha señalado Jimmy Ruiz Vega, *Ética para mediocres* es «un libro que no se anda con chiquitas: un repertorio revestido de ironía, contrario al ruido, atento al silencio, y muy cargado de paradojas y verdades infinitas que, en muchos casos, no es la verdad de uno o la de otro, sino la verdad que nos impone la realidad y sus encrucijadas existenciales»². En efecto, «ironía», «silencio», «paradoja», «verdad» y «realidad» son algunos de los conceptos fundamentales que nutren las cinco secciones de *Ética para mediocres*. En cada una de ellas, «y sin renunciar a la indagación de carácter sociológico», el lector podrá reparar en cómo el autor «se centra más en lo filosófico y en lo poético, sectores en los que la mediocri-

dad y la impostura se retroalimentan y se propagan de manera exponencial»³.

Una las secciones se titula «Aforismo es concepto», cuestión sobre la que Sánchez Menéndez ya había indagado en un libro anterior⁴ y que retomará en el estudio introductorio de *Para una teoría del aforismo*: «Queremos indicar –escribe– que el aforismo es un concepto y, a su vez, es un género. Un concepto que posee desde intenciones morales o doctrinales, éticas o estéticas, prácticas o experimentales, científicas o lógicas, ingeniosos o retóricos, divertidos o agudos, y que con el paso del tiempo ha desembocado en lo que conocemos como el aforismo moderno, mucho más literario, y enraizado entre la filosofía y la poesía, con la carga de la experiencia»⁵. De este modo, Sánchez Menéndez suma su contribución al viejo debate de definir un aforismo (o sentencia, o proverbio, o máxima, o refrán, o fragmento, o axioma, o adagio, o precepto..., en definitiva, cualquiera de esos «mil rostros para el arte de la concisión»⁶). A su juicio, ese con-

³ Carlos Alcorta en *Literatura y arte* (véase <https://carloalcala.wordpress.com/2020/06/05/javier-sanchez-menendez-etica-para-mediocres/>).

⁴ En el volumen de aforismos *Concepto*, La Isla de Siltolá, Sevilla, 2019.

⁵ Javier Sánchez Menéndez, *Para una teoría del aforismo*, Ediciones Trea, Gijón, 2020, pp. 32-33.

⁶ Javier Recas, *Relámpagos de lucidez. El arte del aforismo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2014, p. 14. Precisamente en este ensayo Recas enumera algunas de las características que presenta el aforismo: su condición de «género vocacional» y «extra-académico, más allá de las modas y movimientos literarios» (p. 23), su «despreocupación por la fidelidad estilística» (p. 15), su ausencia de una «naturaleza normativa» (p. 16), su uso de ciertos «recursos formales», como la definición, la metáfora, la paradoja, la comparación o la sátira (p. 17), su «aire rotundo, incluso arrogante» (p. 18), y, por último, la exposición de una «formulación aguda e ingeniosa» que envuelva «un núcleo a la vez poético y filosófico» (p. 19), ya que, concluye Recas, «escribir aforismos encierra toda una filosofía del saber, una especie de minimalismo gnoseológico que alumbra sin fundamentar, que retrata sin pretensiones de objetividad, que acabar sin exhaustividad» (p. 21). El escritor Ramón Eder, por su parte, ha señalado con ironía que «el aforismo es simplemente quitarle a una página lo que le sobra» (*Pequeña galaxia. Sobre el aforismo*, Libros al Albur, Sevilla, 2018, p. 27), apreciación que

¹ Esther Abellán en *El Cuaderno* (véase <https://elcuadernodigital.com/2020/08/13/etica-para-mediocres/>).

² Jimmy Ruiz Vega en *El Fescambre* (véase <https://jimyuizvega.blogspot.com/2020/04/el-arte-de-la-esencia.html>).





cepto inicial, también enraizado en la tradición oral, se perfecciona con los filósofos presocráticos –en especial con Heráclito–, y con el transcurso de los siglos fue mutando en diversos formatos hasta desembocar en la máxima neoclásica de filiación moralista, en el fragmento romántico de adscripción metafísica y, por último, en el aforismo moderno de carácter literario, cuyo irrenunciable rasgo propio, como se ha subrayado, es una sagaz combinación de filosofía y poesía, pues solo de este modo el dicho corto adquiere la lustrosa condición de pensamiento, que es, en última instancia, «lo que hace que el aforismo sea aforismo», ya que «si ese pensamiento desaparece nos reducimos a la banalidad, a la ocurrencia, a la insignificancia, tan presentes en los falsos y fallidos aforismos contemporáneos»⁷.

Así las cosas, no debe sorprender la apasionada defensa que Sánchez Menéndez establece en *Ética para mediocres* en torno a los conceptos «filosofía» y «poesía», entendidos como los dos pilares portadores de la imprescindible reflexión crítica que sirva de faro a los individuos en la espesa noche de la vida: «La poesía es la huida del mundo para llegar al mundo»; «La poesía debe salvarnos y purificarnos»; «La auténtica poesía no es literatura, es algo que va más allá, hacia el origen, hacia la esencia»; «La poesía que se aleja de la razón filosófica se aleja de la literatura»; «El pensamiento y la poesía hacen que el aforismo llegue a ser aforismo»⁸. Como podrá apreciarse –y al contrario de lo que han pretendido otros autores–, Sánchez Menéndez no se halla interesado en fusionar ambos conceptos, o mejor dicho, en tomar partido por uno de ellos, en mimarlo y alimentarlo para que acabe devorando al otro, sino que respeta el sentido autónomo de cada uno, asumiendo que los dos poseen sus pro-

prios recursos estilísticos y que sobre esa base lo que debe producirse es un escenario de colaboración productiva, no una encarnizada competencia desleal. Dicha postura emparenta a Sánchez Menéndez con otra importante figura de la cultura hispánica reciente: Ángel Crespo, ya que el poeta y traductor ciudadrealeño dejó constancia de la autosuficiencia de la filosofía y de la poesía en al menos un par de aforismos: «Los poetas construyen torres de Babel; los filósofos, murallas de China» y «La filosofía aborrece las contradicciones; la poesía las ama»⁹.

Sánchez Menéndez reconoce que «en la actualidad el arte del aforismo está viviendo momentos de efervescencia, de consideración, tan presente en nuestras redes sociales, en las editoriales, en las publicaciones periódicas, en los medios de comunicación»¹⁰, para, más adelante, recalcar que «a diferencia de lo que algunos puedan pensar, el aforismo no vive en estos tiempos su edad de oro»¹¹. Se trata de una dualidad, además de verídica, perfectamente comprensible: las redes sociales (en especial Twitter) han propiciado «una irrupción de *pseudoaforistas* que escriben minucias, ocurrencias, banalidades, tan alejadas de la auténtica profundidad del aforismo como forma literaria»¹². Para Sánchez Menéndez, lo que predomina en el mundo digital no es literatura, sino la cara más chusca del ansia de reconocimiento. Del mismo modo que a los políticos lo único que les interesa es ganar las elecciones que les permiten alcanzar y mantenerse en el poder, a lo que espira la gente en las redes sociales es a recibir una lluvia de *likes* al contenido que compartan con sus seguidores; y ese contenido, cuando es escrito, y pese a su brevedad, «no son aforismos, son simplemente

remata con la tajante idea de que «los buenos aforismos son como relámpagos en la oscuridad» (p. 29).

⁷ J. SÁNCHEZ MENÉNDEZ, *ibidem*, p. 6. Ahondando en esta idea, apunta el autor que «un error habitual del aforismo moderno es quedarse tan solo en la ocurrencia» (p. 47).

⁸ JAVIER SÁNCHEZ MENÉNDEZ, *Ética para mediocres*, La Isla de Siltolá, Sevilla, 2020, pp. 15, 43, 40, 40 y 58.

⁹ ÁNGEL CRESPO, *Escrito en el aire. Aforismos, 1975-1995*, Apeadero de Aforistas-Thémata Editorial, Polonia, 2020, pp. 28 y 107. El propio Sánchez Menéndez refleja esa diferenciación en otros dos aforismos: «La filosofía es el amor al conocimiento de las cosas» y «La poesía es el amor a la naturaleza de las cosas» (*Ética para mediocres*, cit., p. 44).

¹⁰ J. SÁNCHEZ MENÉNDEZ, *Para una teoría del aforismo*, cit., p. 7.

¹¹ P. 52.

¹² P. 37.

malas ocurrencias, frases inconexas que el autor desea presentar al público sea o no sea lector»¹³. De manera que, según Sánchez Menéndez, lo que se persigue en las redes con la búsqueda obsesiva del *like* es la mera «gratificación del instante»¹⁴; así, mediante el empleo casi desesperado de la mala ocurrencia o de la banalidad enfática travestidas en aforismos, lo que se pretende no es enriquecer el pensamiento sino provocar una reacción cómplice inmediata, una «falsa aprobación instantánea»¹⁵ que contribuye a robuste-

cer un narcisismo malsano que aleja a los sujetos de la colectividad. Por consiguiente, internet se presenta como un océano en el que poder navegar intelectualmente, sí, pero un océano que se encuentra repleto de basura textual, lo que explica la indignada conclusión a la que llega Sánchez Menéndez: «El aforismo nace con la tradición oral, y muere con las redes sociales»¹⁶.

Benito ROMERO

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.laguna.2020.47.08>

¹³ P. 14.

¹⁴ P. 38.

¹⁵ P. 39.

¹⁶ J. SÁNCHEZ MENÉNDEZ, *Ética para mediocres*, cit., p. 59. Si bien los aforismos dedicados a esta cuestión salpican todo el libro, es en la última parte (jocosamente titulada –en lo que acaso sea un guiño a Cortázar o a Calvino– «Existen varias opciones para indicar este título») donde el autor efectúa un somero repaso a las miserias que pueblan el mundo-escapate de las redes sociales, denunciando, de manera singular, el degradante autobombo en el que incurrir los escritores.

